

que contradice ciertas tesis del autor sobre la naturaleza de las contradicciones del socialismo realmente existente (división del trabajo, subalteridad, etcétera). Bahro tiende de hecho a reducir la resolución de las oposiciones internas a la sociedad a la de los conflictos en el seno del grupo social dominante. Lejos de ser una crítica marxista radical del socialismo realmente existente, como lo afirmaron la mayoría de los comentaristas que lo recibieron con entusiasmo, *La alternativa* revela los atolladeros de los marxistas dominantes y sobre todo del sector en el cual se mueven.

Leopoldo Mármora: *El concepto de modernización en La alternativa, su importancia para el Tercer Mundo.*

De los primeros análisis de la obra de Rudolf Bahro en lengua hispana se destaca por su mayor profundización la de José Rojas en *Zona Abierta*, núm. 24.¹ José Rojas comenta la aparición del libro de Bahro con gran entusiasmo y, bastante acriticamente, lo ubica por analogía al lado de *El capital* de Marx, como un libro destinado a "hacer historia".

Si bien en su mayoría las tesis de Bahro ya habían sido formuladas antes,² José Rojas comenta (p. 149):

[...] lo excepcional de la obra de Bahro está justamente en presentar ese conjunto de ideas y análisis en una forma compacta, en una totalidad que reordena las partes y las hace aparecer con una nueva función, incluso con un nuevo significado. En la historia del marxismo, Bahro representa una verdadera alternativa, una ruptura profunda y, por consiguiente, la apertura de un nuevo horizonte teórico.

Su obra representa una verdadera revolución teórica en el seno del movimiento comunista.

Un análisis mucho más crítico es el de Alberto Rocha en el número de febrero de *Sociedad y política*.³ Una de las razones es que se trata de una reseña hecha desde la perspectiva de un país subdesarrollado. Lamentablemente Alberto Rocha no profundiza lo suficiente su crítica limitándose a reseñar el trabajo, con lo cual no se pone a la altura real del impacto que *La alternativa* va a representar para la teoría marxista también en el Tercer Mundo. Precisamente porque somos conscientes de la importancia del aporte de Bahro vamos a señalar algunas serias limitaciones de la aplicación de su "alternativa" a los problemas del marxismo en el Tercer Mundo, en especial a América Latina.

Tomaremos sólo un elemento de su análisis, aunque uno de los centrales: la teoría de la modernización expuesta en la primera parte de su libro bajo el título "el fenómeno de la vía no capitalista hacia lo sociedad industrial".

A su juicio, por detrás del proceso revolucionario en Rusia, emergía como fuerza motriz la tarea histórica de "modernizar" las fuerzas productivas de la sociedad. Dado que ningún otro grupo social o político se reveló en condiciones de asumir esta tarea, el poder recayó en los bolcheviques. Ya que no había una burguesía a la altura de esta tarea, los bolcheviques

¹ José Rojas, "Marx después de Bahro", en *Zona Abierta*, núm. 24, marzo-abril de 1980, Madrid.

² José Rojas menciona a B. Rizzi, Djilas, Burnham, Kuron, Modzelewski, Castoriadis, Korsch, Mattick, Pannekoek, Wittfogel, Marcuse, Bon-Burnier, Hegadüs, Merton, Whyte, etcétera.

³ Alberto Rocha, "Bahro: debate sobre el 'socialismo' en Europa del Este y la URSS", *Sociedad y política*, año 3, núm. 8, febrero de 1980, Lima, Perú.

se vieron obligados a emprender la "vía no capitalista de industrialización" por medio de lo que Bahro denomina una "dictadura del desarrollo".

Según Bahro, la guardia vieja de los bolcheviques —con Lenin a la cabeza— había estado desde un comienzo con ambos pies en el suelo del futuro burocratismo. Bahro cita en ese sentido las palabras de Lenin, que proponía combatir la barbarie con sus propios métodos.

De acuerdo con Bahro, el modelo impuesto por Stalin era entonces el único viable y, en ese sentido, inevitable. Trotski hubiera hecho lo mismo de haber tenido el poder. Lenin, a excepción quizá de ciertos matices, también.

Las razones de esa fatalidad histórica considera Bahro que eran sobre todo de dos tipos:

1. La amenaza externa de un enemigo tecnológicamente muy superior.
2. El pasado semiasiático del imperio zarista, caracterizado por una ausencia casi absoluta de cultura burguesa.

La necesidad histórica que determinó de esa manera la evolución de la Unión Soviética fue:

a. defender la autonomía de la formación social y del Estado y, para ello, b. modernizar el país (a través de una industrialización acelerada, introduciendo las conquistas de la civilización burguesa, etcétera).

La realización de estas tareas fue —según Bahro— una empresa progresista porque creó las premisas para el socialismo. La vía seguida por los bolcheviques y por Stalin representaría entonces "el camino más corto hacia el socialismo". En esta lógica, entonces, la masa de campesinos asesinados, las víctimas de ese modelo de desarrollo que se cuentan por millones, la enajenación de las li-

bertades más elementales, la instrumentación del marxismo y de las ideas socialistas, etcétera, serían simplemente aspectos secundarios que en última instancia se justificarían ante la historia cuando se trata de caracterizar científica y políticamente la naturaleza del modelo. Es evidente que existe una analogía con las apreciaciones de Marx sobre la misión civilizadora del capitalismo. La diferencia radica en que Marx nunca asumió responsabilidades ni se identificó activamente con esa misión llevada a cabo por la propia cuenta de la burguesía, mientras que el socialismo y el marxismo tienen por lo menos una parte de responsabilidad en el fenómeno estalinista. No olvidemos que Bahro mismo durante diez años fue un cuadro político-científico de responsabilidad en la burocracia del Estado alemán del Este.

Pero volvamos ahora a nuestro análisis de *La alternativa*: una vez cumplida su "misión", Bahro critica el modelo soviético negándole toda validez, sobre todo en los países capitalistas desarrollados. Pero para los países de África, Asia y América Latina, la misma necesidad histórica que determinó el desarrollo soviético, seguiría vigente.

Si no es un orden socialista-comunista, como tenemos entre tanto que reconocer, el que puede edificarse sobre presupuestos materiales meramente provinciales, entonces la tarea principal, de importancia histórico-universal, en la preparación del socialismo, es la clausura de la brecha civilizatoria de la que hablaba Lenin, por los propios pueblos con sus revoluciones, procurándose ellos mismos en la lucha la necesaria disciplina laboral. *Con las revoluciones en Rusia y en China, con el proceso revolucionario en América Latina, en África y en India, la humanidad ha tomado*

el camino más breve hacia el socialismo.

[...] La represión estatal en los países del socialismo realmente existente es, en último término, función de su subdesarrollo industrial, más exactamente: de la tarea de superar este subdesarrollo activamente a través de una reestructuración "anorgánica" (el campesinado ruso, por ejemplo [...] no tenía sencillamente ninguna inclinación socio-económica orgánica a la colectivización) [...]

La civilización industrial, que ha cambiado en los dos últimos siglos la vida europea hasta hacerla irreconocible, no deja alternativa a los pueblos: no importa que por su propia evolución hubiesen llegado ya al umbral del capitalismo y de la industrialización o que hayan sido alcanzados cuando les separaban épocas enteras de él, en cualquier caso han de entrar en el crisol.

Aquí es donde vamos a insertar nuestra crítica. Según Bahro, la necesidad histórica de la modernización se impuso buscando y creando al agente social que la llevó a término (la burocracia estatal y partidaria soviética). En realidad fue a la inversa, la nueva burocracia dominante soviética creó y se sirvió de la "modernización" como superestructura ideológica para justificar su dominación de clase.

Nuestra tesis es que, al considerar la "modernización" como principal objetivo histórico es imposible desarrollar una política socialista y definir una identidad política de izquierda. Siendo ese una especie de objetivo metahistórico y juzgando los medios en función del mismo, es decir, reduciendo la cuestión de los "costos sociales y políticos" de la modernización a un tema secundario, resultará muy difícil, por lo menos en los países más desarrollados del Tercer Mundo, demostrar la caducidad de la

burguesía y fundamentar la necesidad de una alternativa de izquierda no capitalista. La tesis de la que parte Bahro para la Rusia zarista y que él traslada al actual mundo subdesarrollado, es que esos países en las actuales condiciones están incapacitados para el desarrollo: o bien porque subsiste un pasado "asiático" que determina históricamente el estancamiento de esas sociedades, o bien porque la existencia del imperialismo impide desde afuera todo desarrollo.

No pretendemos discutir esta tesis en relación a la Rusia zarista, aunque nos parece seriamente discutible, pero su aplicación global a los países del Tercer Mundo actual no tiene ningún fundamento.

1. Los actuales países subdesarrollados —y no sólo los más avanzados entre ellos— están en mayor o menor grado integrados al sistema capitalista mundial. No se trata ya de la integración correspondiente al período mercantilista sino de una integración que ha penetrado profundamente en el interior de esas sociedades subsumiendo las relaciones internas de producción directa o indirectamente a los intereses de la acumulación capitalista. El capitalismo privado —y no el capitalismo semiasiático que Bahro constata para la Rusia zarista— ha tomado posesión por lo menos de los núcleos más vitales de las sociedades periféricas adaptando los sectores no capitalistas a los intereses generales de la reproducción capitalista.

2. La tesis del "desarrollo del subdesarrollo" postulada por André Gunder Frank y por una parte de la escuela dependientista latinoamericana ha sido refutada por los hechos concretos. El capitalismo imperialista no produce necesariamente por definición un desarrollo "hacia atrás". La presencia del imperialismo no es incompatible con una cierta "modernización" en

sentido industrial. Tampoco puede decirse que impide el desarrollo de un Estado nacional capaz de defender su soberanía y negociar las condiciones de integración al sistema capitalista mundial. Entonces, si centramos la estrategia de la lucha emancipadora en los países atrasados en la modernización y defensa de la autonomía nacional del aparato estatal como Bahro sugiere, muy difícilmente podrá la izquierda encontrar y defender su identidad ya que también las burguesías nacionalistas populistas e incluso las abiertamente proimperialistas están en condiciones de lograr esos objetivos. Si dejamos de lado como algo secundario la cuestión social, postergándola para una fase posterior, entonces no nos quedará más remedio que reconocer que muchas dictaduras militares están llevando a cabo con éxito las tareas de modernización (incluso con menores costos sociales de los que cobró el terrorismo estalinista en la Unión Soviética). Una política de izquierda no puede articularse haciendo eje solamente en una estrategia de modernización y de defensa de la soberanía del Estado nacional. Éstos son aspectos necesarios pero para nada suficientes. Dejando de lado para un futuro incierto los aspectos éticos y sociales de la lucha por la emancipación, la izquierda no podrá articular jamás un proyecto propio. La sola perspectiva antimperialista sin contenido social no es fundamento para una hegemonía de izquierda. José Carlos Mariátegui en discusión con Haya de la Torre lo formuló así: "el antimperialismo no puede ser programa". Una política de izquierda para llegar a ser hegemónica debe hacer eje en la dinámica social interna de cada formación social concreta con todas sus especificidades históricas. Supongamos que en los

años veinte la estrategia llevada a cabo por Stalin para Rusia era efectivamente una fatalidad necesaria por las razones objetivas indicadas y por el concepto de socialismo existente en la época, marcado a fuego por el economismo, mecanicismo y eurocentrismo kautskiano.

Es muy difícil fundamentar la tesis de que otra vía habría sido posible sin caer en la especulación. Pero los casos yugoslavo, cubano y chino demuestran que existe un margen de maniobra (aunque ciertamente no lo agotan) para elaborar estrategias de emancipación mucho más humanas y acordes con la ética del socialismo. Es más, cabe preguntarse si la modernización y la defensa de las fronteras de la Unión Soviética habrían sido posibles solamente con base en el "despotismo de Estado", si, antes, la Revolución de Octubre y los ideales de emancipación social que despertó no hubieran movilizado las conciencias y puesto en movimiento desde la base y masivamente a la población y las nacionalidades del imperio zarista llenándolas de entusiasmo revolucionario.

Si en la década de los años veinte el concepto histórico de socialismo y la falta de experiencias concretas de largo plazo con el "socialismo real" limitaban subjetivamente el espectro de los modelos alternativos posibles de política y construcción socialista, en la actualidad, y no sólo en los países capitalistas desarrollados sino también en muchos países del Tercer Mundo, es imposible fundamentar una identidad y una política consecuentemente de izquierda con aspiraciones hegemónicas sin integrar ya en la primera etapa de modernización y defensa de la autonomía del Estado nacional la cuestión social, la cuestión de la democracia, de la emancipación femenina, de la defensa del equilibrio

ecológico, la crítica del industrialismo y la búsqueda de tecnologías modernas pero adaptadas a las necesidades de la dinámica social interna, la lucha por la superación de las distintas formas de "subalternidad", en las fábricas, en la familia, en las estructuras administrativas, etcétera. Precisamente en la reflexión crítica sobre todos estos factores radica el enorme valor de la "alternativa" de Rudolf Bahro. Sus críticas marxistas desde adentro del "socialismo realmente existente" en la Unión Soviética y la República Democrática Alemana al articularse en torno a esas cuestiones constituyen un enriquecimiento del concepto histórico del socialismo.

El interés que su libro está suscitando en América Latina indica la relevancia del mismo para el Tercer Mundo y, con ello, paradójicamente, pone al descubierto las limitaciones de su análisis.

Bahro está prisionero aún de ciertos presupuestos de la ideología soviética. Por ejemplo, al considerar las formaciones periféricas como precapitalistas. Su crítica del "socialismo real" se convierte en apología tan pronto se la contempla desde la perspectiva actual del Tercer Mundo.

Si en esos países se sacrifica el contenido socialista y democrático de la lucha por la emancipación en beneficio de un modelo estatista y despótico de modernización desde arriba, se crean pautas y normas culturales de subalternidad que pueden constituir una hipoteca muy pesada para

el futuro cuando, pasada la fase de modernización, se quieran encarar las tareas sociales hasta entonces postergadas. Por el contrario, una estrategia que integre desde un comienzo los objetivos de la emancipación política y social de las masas desde abajo, aunque produzca resultados menos espectaculares en cuanto al desarrollo de las fuerzas objetivas de producción, puede sentar bases mucho más sólidas para la construcción socialista, si logra articular orgánicamente los aspectos objetivos de la modernización con los subjetivos desarrollando actitudes y pautas sociales de responsabilidad comunitaria, cooperación y democracia.

El mérito indiscutible del libro de Rudolf Bahro es su cuestionamiento profundo, fundamentado y radical, del carácter "socialista" de los países del Este. De esta manera no sólo enriquece nuestra percepción histórica del socialismo, llenándolo de nuevas determinaciones, sino que al mismo tiempo lo libera del papel de instrumento ideológico en que se encontraba, restituyéndolo en su función de horizonte regulador de toda acción y proyección teórica emancipadora.

En ese sentido *La alternativa* representa una verdadera revolución, una revolución hasta ahora sólo cultural de la cual el libro de Bahro es una manifestación importante pero que se está gestando además en muchos otros terrenos prácticos y teóricos. Su éxito dependerá, no por último, de que el Tercer Mundo se vea arrastrado también por ella.